Patrizia Micozzi
U. de Macerata

LA HUMANA TRANSCENDENCIA DE LA VIRGEN DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

La poesía de los villancicos[1] y de las letras sagradas de Sor Juana Inés de la Cruz se desarrolla a través de una espesa red de imágenes únicas e inconfundibles en su sencilla y al mismo tiempo compleja movilidad de tonos y matices, animadas por un sentimiento de auténtica y profunda religiosidad[2] que las ilumina y enriquece de nuevos sentidos. En este trabajo, que nace como continuación natural de un camino empezado por "L'umano e il divino nella Madonna di Sor Juan Inés de la Cruz,"[3] he examinado las imágenes más sugestivas y encantadoras de la Virgen, imágenes en que la dimensión humana y la divina se penetran mutuamente y viven en una relación simbiótica. La realidad terrenal, de donde ellas proceden, siempre se eleva a la realidad más etérea y espiritual, donde el mismo lenguaje se transfigura para adherir a la esfera insondable de lo infnito y eterno. En un inmenso universo de formas, sonidos, transparencias abstractas y arcanas, se destaca, en toda su extraordinaria plenitud humana y perfecta esencia divina, la figura luminosa de María, "blanca Aurora, hermoso Sol / y Luna de gracia llena"; "Luna siempre llena / de puro, indemne candor" que "a pesar de las tinieblas / sus luces manifestó"; "Rubiconda Aurora, / matutina Lux"; "Luna, quae diversas / ilustrando zonas, / peregrina luces, / eclipses ignoras; "Luz, hermosura y nobleza, /Cielo, Perfección y Gloria"; "Sol de Luz indefectible / Luna que está siempre llena, / Estrella que el alma sigue"; "Claridad de Dios"; "La luz primera / que de Luz los campos dora / es del Sol la precursora"; "lucida Stella / fulgens Matutina / luce errantes tua reducis in viam."[4] Lejos de los cánones del razonamiento lógico-deductivo, el lenguaje simbólico de estos versos, entretejido de delicadas, exquisitas, impalpables imágenes y tipologías cósmicas, asciende a la realidad inmaterial de lo trascendente, donde sus elementos constitutivos, liberados de todo hábito terrenal, se convierten en metáforas puras de la belleza mariana, en un canto sublime que exalta la dignidad sobrenatural de la sola criatura humana, "la Prevenida al principio / la Preservada ab aeterno,"[5] hecha partícipe del misterio divino del ser y de la obra salvífica de Cristo. Un canto cuyas notas

AIH. Actas XI (1992). La humana transcendencia de la Virgen de Sor Juana Inés de la Cruz. PATRIZIA MICOZZI.

lucientes difunden y avivan en la memoria el eco de una fecunda y secular tradición literaria que, nacida con el Antiguo Testamento, llega a expresiones de intensa espiritualidad en los escritos de los Padres de la Iglesia. La maravillosa armonía de luces que caracteriza la poesía de Sor Juana, despierta en nosotros, por un juego sutil de reflejos, el recuerdo de imágenes que el tiempo nunca descolora. Entre ellas, es de importancia básica la imagen prodigiosa, "pintada" con gracia y vivacidad típicamente orientales en el "Canticum Canticorum," de la joven zagala Sulamita, esposa dulce y fiel del rey Salomón, prefiguradora de la Virgen e inspiradora de muchas formas iconográficas-tipológicas[6], metáforas y alegorías, "quae progreditur quasi aurora consurgens, / pulchra ut luna, electa ut sol, / terribilis ut castrorum acies ordinata."[7] Estos signos celestes reaparecen en la visión que San Juan describe en el "Apocalipsis" (XII, 1-8). A los símbolos astrales apela también San Justino (siglo II d.C.) en el *Diálogo con el judío Trifón*, donde la dignidad, la fe, la santidad eximia de la Virgen, "Luna" y "Estrella Matutina," son objeto de gran alabanza. En la *Homilía XXIII sobre el dogma de la Encarnación* de Proclo de Constantinopla (siglo V d. C.) María, "tesoro purísimo de lluvia celestial" es "Estrella que reluce más que el sol" y en el *Himno I de la Anunciación* de Romano el *Melodus* (siglo VI d. C.), figura de primer plano en el ámbito de la poesía sacra de la Iglesia griega, es "la Luminosa" que goza de la protección de Dios. La luz de la incorruptibilidad, afirma San Gregorio Taumaturgo (¿o el Seudo-Gregorio Taumaturgo?) en la *Homilía II sobre la Anunciación*, está encerrada aun en el nombre dado a la Virgen, ya que María significa "resplandor." ¿Acaso hay algo, pregunta el obispo de Neocesárea, que resplandece más que la pureza? Los autores de las *Homilías seudoepigráficas* (¿ siglo VIII d.C.?), erróneamente atribuidas a Epifanio de Salamina, y de la *Colección de himnos marianos* celebran con mucha finura expresiva y rara pericia musical la perpetua virginidad y admirable perfección de la *Theotocos*, "Cielo," "Nube luminosa," "Luz que ahuyenta a las tinieblas," "Luna," "Aurora mística," "Rayo del Sol divino," "Haz de luz perenne." Estas imágenes, engendradas por una vena altamente poética y un manantial de fe viva que irradian el fulgor de la pureza inmaculada, se repiten con nuevos detalles en *La vida de María* de Máximo el Confesor (siglo VII d. C.): "la Aurora de un día sin noche, madre del Sol de justicia," "la columna de luz que guía a quien vive en las tinieblas," "el relámpago que ilumina las almas"; en la *Homilía I* de Germán de Constantinopla

AIH. Actas XI (1992). La humana transcendencia de la Virgen de Sor Juana Inés de la Cruz. PATRIZIA MICOZZI.

(entre el siglo VII y el VIII d. C.): "Cielo que cuenta la gloria de Dios"; en la *Homilía para la Anunciación de la Santísima Madre de Dios* de Andrés de Creta (entre el siglo VII y el VIII d. C.): "Cielo de la gloria de Dios" en las *Homilías marianas* de San Juan Damaceno (entre el siglo VII y el VIII d. C.): "Cielo que ha formado en la tierra a quien, hace tiempo, la consolidó fuera de las aguas," "Luz eterna e inaccesible," "Sol que resplandece por toda parte y siempre es luminoso," "fuente perenne, desbordante, inagotable de luz, según lo que estableció Dios al crearla"; en la *Homilía sobre la presentación de María en el Templo* de Tarasio de Constantinopla (entre el siglo VIII y el IX d. C.): "Cielo que ha contenido en su regazo al creador del cielo y de la tierra," "Sol, siete veces más resplandeciente que el sol, que ha procreado al Sol de la justicia," "Luna de incomparable hermosura"; en *Sobre la natividad de María* de Teodoro Estaudita (entre el siglo VIII y el IX d. C.): "Cielo," "Luna espiritual"; en los *Himnos* de José el *Hynnographos* (siglo IX d. C.) y las *Homilías* de Pedro, obispo de Argo (entre el siglo IX y el X d. C.): "Aurora luminosa," "Cielo," "Luna," "Estrella matutina que luce como ninguna." No menos interesantes son las presentaciones simbólicas de la Virgen que encontramos en las obras de los Padres de la Iglesia y autores latinos. Bástenos aquí recordar "la Estrella de la noche" de los *Sermones*[8] de San Agustín (entre el siglo IV y el V d. C.); "la Estrella," "el Sol matutino," "la Luna fulgente" de *In laudem sanctae Mariae* de Venancio Fortunato (siglo VI d. C.); la "Aurora de sol" del *De virginatate* de Adelmo de Malmesbury (siglo VII d. C.); la "Estrella del mar," el "Astro de extraordinaria hermosura que brilla entre las olas de un mundo en ruina" de la *Homilia de Annuntiatione* de Beda el Venerable (entre el siglo VII y el VIII d. C.); la "Estrella del mar que vive en la cumbre del cielo, alabada por los ángeles" del *Carmen de Beata Maria* de Hincmaro de Reims (siglo IX d. C.); "la Luna a quien el Sol ilumina de manera particular con respecto a las estrellas" de las *Homiliae* de Atón de Vercelas (siglo X d. C.); "la Estrella del mar de quien nació el Sol de justicia que ha resplandecido en el mundo," "la Aurora fulgente," "el luminoso Sol," "la Luna hermosísima" del *Sermo de Nativitate* y *Sermo de sancto Iohanne* de Pedro Damiano (Pier Damiani, siglo XI d. C.).[9]

Desde los sagrados púlpitos de la Iglesia a los espacios cotidianos de la calle, la literatura siempre se ha mostrado sensible al encanto que surge de la belleza mariana, de aquel "astro puro y eterno" que --según las palabras de Adán de San Víctor (siglo XII d. C.)-- "reluce sobre todo

AIH. Actas XI (1992). La humana transcendencia de la Virgen de Sor Juana Inés de la Cruz. PATRIZIA MICOZZI.

el universo, ofuscando a los demás cuerpos celeste." Pequeños fragmentos de su inconmensurable resplandor han dado forma y vida a las gloriosas figuras cósmicas que aparecen --para citar algún ejemplo-- en los poemas, las poesías trovadorescas y las *Laudes* medievales, donde sobresale la metáfora estrellar: la Virgen es "stella dolce clarissima, ... glorificata," "Lucerna splendidissima, soave e dolcissima da Cristo aluminata," "stella lucente / letizia de tutta la gente," "stella de dia / luce serena / de vita via / per cui de pena / è la gente liberata,.... / stella marina / che non stai nascosa / luce divina, / virtù graziosa, / "Dolz'aurora / fresc(h) 'e sora," / chiara stella d'oriente. / Stella (che) sovra la luna / più resplende che neuna,"[10] etcétera... La estrella --viva,[11] luminosísima, clarísima,[12] maravillosa,[13] matutina,[14] marina,[15]-- el sol, de evidente inspiración apocalíptica.[16] La aurora, el cielo son las imágenes, a menudos culminantes, en la literatura barroca, en una apoteosis triunfal de luces, que poetas y dramaturgos como Berceo, Giacomino da Verona, Bonvesin de la Riva, Konrad von Würzburg, Dante, el Arcipreste de Hita, Petrarca, Boccaccio, Chaucer, Juan del Encina, Gil Vicente, Fray Luis de León, Camões, Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, etc... eligen para levantar su mensaje de devoción y amor a María. La inquietud, típica, según Jung, de la experiencia humana, con que ellos intentan descifrar el código cósmico de la trascendencia, mostrar lo que está más allá del sentido simbólico, desemboca, en la poesía de Sor Juana, en un proceso de desmaterialización de la realidad visible llegando a descubrir la secreta geometría que coordina, física y moralmente, las distintas esferas del universo. La ciencia, ya a comienzos del siglo XVI, había manifestado su propia desconfianza hacia las doctrinas y los métodos seguidos desde Ptolomeo en adelante, juzgándolos inadecuados al conseguimiento del fin prefijado, es decir el conocimiento de la estructura del universo. Contra el dogmatismo imperante, había favorecido por un lado el desarrollo del experimentalismo científico y por el otro el renacimiento y la valorización, con Pico della Mirandola y Marsilio Ficino, de las artes mágicas como único medio para alcanzar el mundo sobrecelestial de los espíritus superiores y los poderes divinos. La poesía, en particular la de Sor Juana, purificada de las pasiones y los instintos humanos, sublimada en la unión, a veces dramática como en el caso de John Donne, con lo sagrado y lo metafísico, realiza con éxito la tentativa, a la cual Giordano Bruno[17] consagra enormes esfuerzos, de expresar lo inefable, traduciéndolo en

AIH. Actas XI (1992). La humana transcendencia de la Virgen de Sor Juana Inés de la Cruz. PATRIZIA MICOZZI.

imágenes reales. La perfección, el orden, la belleza, la proporción, la armonía divinas, escribe Leibniz en el prólogo a sus *Essais de Théodicée*, son las de nuestra alma y de toda la naturaleza. Pero, mientras Dios las posee sin límite alguno, como un océano inmenso, desconocido al hombre, en nosotros sólo hay pocas gotas derramadas por sus rayos. La poesía, siendo emanación y revelación del "Padre de la luz" ("Carta de Santiago," I,16-18), puede llenar este vacío --aunque parcialmente--, correr las aguas de aquel océano divino, atracar a sus orillas, si sabe hacerse expresión humana y cósmica de una plenitud y armonía universales en que el orden natural se funde con el orden sobrenatural, el mundo de la creación con el mundo de la redención. El ejemplo que nos ofrece Sor Juana en los villancicos y las letras sagradas es elocuente. Sus versos, centro de gravitación de esa armonía universal, anulan la distancia entre lo contingente y lo infinito, lo transitorio y lo inmortal, la materia y el espíritu; descubren itinerarios invisibles; recorren los senderos más íntimos y secretos; sobrepasan el tiempo y el espacio; ascienden a la gracia de la Santidad para convertirse en imágenes luminosas de la belleza eterna e incorruptible. Belleza que vivifica toda figura, toda palabra, todo signo, infundiendo luz y aliento hasta a las cosas más vulgares y viles. Belleza que es amor, verdad, participación en los misterios de los seres espirituales. Es la belleza de María, belleza humana divinizada, presencia real y pura entre la tierra y el cielo, espléndido tallo de Jesús, la flor de la creación de quien ella, criatura divinamente hermosa por gracia celestial, es la imagen. La belleza física de Cristo es la belleza terrenal de María, como su belleza moral es la belleza divina del Hijo. Sor Juana no se equivoca al atribuir a María, en virtud de su maternidad divina, perfecciones posibles a un ser puro, que llegan a ella como luz refleja. A esta donación celestial y a la familiar circularidad de gracia terrenal alude la poetisa mexicana en el villancico III del Primero Nocturno de la "Asunción 1690." Lo mismo hace Dante en el Canto XXXII del "*Paradiso*" hablando de la "faccia ch'a Cristo / più si somiglia"[18] y antes de él Platón en el *Symposion*, donde define la belleza un rayo, que del rostro de Dios, como de un sol hermosísimo, se transmite a la naturaleza creada, para volver luego a la fuente que lo ha engendrado. Los versos del villancico citado dan relieve a las características de la belleza mariana, que, en el orden ontológico de una geometría estética natural y en el designio sobrenatural de la Divina Providencia, es belleza creada, física y espiritualmente partícipe en la belleza creadora

AIH. Actas XI (1992). La humana transcendencia de la Virgen de Sor Juana Inés de la Cruz. PATRIZIA MICOZZI.

y redentora; es punto de encuentro y conjunción entre Dios y el hombre; es camino de luz que desciende del cielo a la tierra iluminándola, y de la tierra sube al "Trono Empireo,"[19] a recibir del Sol "de su Pureza el crisol."[20] Su elevación en Dios comunica a la poesía un movimiento unitario y ascensional que le hace asumir una trayectoria celeste: desde las formas visibles y fugaces hasta el misterio de una belleza incontaminada, una gracia indenfinidamente participada, según la expresión de Santo Tomás. El mundo de la naturaleza se somete y se junta con el mundo de la gracia para subir al de la gloria, en cuya luz --afirma San Agustín en las *Confessiones*-- la poesía vence las seducciones de un ideal pagano de belleza incapaz de aplacar las angustias del alma y satisfacer su necesidad de lo eterno. Y de los elementos que componen la realidad sensible, intelectual y moral brota una magnífica arquitectura de símbolos que envuelven a la figura de María. En la Virgen de Sor Juana contemplamos una naturaleza nunca ofuscada por el pecado, un cuerpo puro y un alma en el estado de gracia. Ella es la imagen perfecta de la humanidad divinizada, una criatura humana y espiritual totalmente conforme con la idea divina, totalmente sagrada. Es espejo inviolado de una luz fecunda que la ilumina incesantemente, "que el Sol nunca se le va."[21] Es estrella íntegra y casta que reluce de perfecciones humanas y dones divinos, irradiación luminosa que existe antes del nacimiento del mundo en el pensamiento de Dios, creada desde la eternidad ("Concepción 1689," Segundo Nocturno, villancico V). Fundamento y raíz de todos sus privilegios es la "maternidad sacra," en fuerza de la cual está íntimamente relacionada, por la unión hipostática, con el misterio del Verbo encarnado y el mismo misterio trinitario. De eso procede la belleza, la plenitud de gracia de la Virgen: la santidad negativa (la inmaculada concepción), ya alabada por San Jerónimo con una imagen solar; la santidad positiva (la gracia santificante, superior a la de los santos y los ángeles); los privilegios del alma (la imposibilidad de pecar en la voluntad, el uso inmediato de la razón, la ciencia infusa en el intelecto) y del cuerpo (la virginidad perpetua y la asunción al cielo); las funciones de madre espiritual, mediadora y corredentora. En las imágenes de Sor Juana, María, madre de Jesús, siempre resplandece adornada de los fulgores de la santidad más perfecta, gloriosa y pura, llena de gracia en el tiempo y en todo su ser: una gracia que redime de la deuda de la culpa original y preserva de la mancha del pecado. Ninguna sombra de concupiscencia desordenada ofusca a la "Claridad

AIH. Actas XI (1992). La humana transcendencia de la Virgen de Sor Juana Inés de la Cruz. PATRIZIA MICOZZI.

de Dios." La ley del pecado, que San Pablo sentía en los miembros ("Carta a los Romanos," VII, 1-25), empujándole al mal que quería huir e impidiéndole el bien que quería alcanzar, aquella ley que el hombre experimenta en sí, causa de debilidades y caídas, tentaciones y luchas, en ella, que es armonía, orden y paz, "por singular privilegio," "no tuvo poder."[22]

Notas

1 Véase Octavio Paz, *Sor Juan Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (Barcelona: Seix Barral, 1990) 411.

2 Eso a pesar de que los villancicos y las letras sagradas sean "poesía de encargo," nada gratuita, que la Iglesia comisiona a Sor Juana.

3 En las Actas --en curso de impresión-- del congreso internacional de "Semiotica del testo mistico," celebrado en L'Aquila, Forte Spagnolo, del 24 al 30 de junio de 1991.

4 Las citas de los villancicos y de las letras sagradas se sacan de Sor Juan Inés de la Cruz, *Obras completas* (México: Porrúa, 1977). "Concepción 1676," Tercero Nocturno, villancico VII, 216; "Asunción 1679," Primero Nocturno, villancico II, Latino y Castellano, 235; "Asunción 1679," Tercero Nocturno, villancico VII, 240; "Concepción 1689," Segundo Nocturno, villancico VI, Coplas, 257; "Concepción 1689," Tercero Nocturno, villancico VIII, Glosas, 259; "Asunción 1690," Primero Nocturno, villancico III, Coplas, 281; "Tres letras sueltas a la Encarnación," villancico III, 316.

5 Sor Juana Inés de la Cruz, "Concepción 1689," Tercero Nocturno, villancico VIII, Jácara, 258.

6 Para explicación más detallada, véase Heinrich & Margarethe Schmidt, *Il linguaggio delle immagini* (Roma: Città Nuova, 1988).

7 *Biblia Sacra* (Romae --Tornaci-- Parisiis: Pontificia, 1956) 739.

8 "*Sermo*" CCXXIII D,2.

9 Las citas de las obras de los Padres de la Iglesia y autores griegos y latinos se sacan de *Testi mariani del primo millennio* (Roma: Città Nuova, 1990).

10 Las citas de las *Laudes* medievales se sacan de *Poeti del Duecento I*(Milano - Napoli: Riccardo Ricciardi, 1960), vv. 9 y 30, 9-10; vv. 56-57, 14; vv. 4-6, 20; vv. 4-5, 23.

11 Dante Alighieri, *La Divina Commedia*, "Paradiso," canto XXIII, vol. 92.

12 "Stella ke rende / clarissima claritate," *Laudes de Virgine Maria, Poeti del Ducento II* (Milano, Npoli: Riccardo Ricciardi, 1960) v. 9, 682, de Bonvesin de la Riva.

13 Dante Alighieri, v. 10, 682.

AIH. Actas XI (1992). La humana transcendencia de la Virgen de Sor Juana Inés de la Cruz. PATRIZIA MICOZZI.

14 Goacomino da Verona, *De Ierusalem celesti et de pulcritudine eius et beatitudine et gaudia sanctorum, Poeti de Duecento* (Milano, Napoli: Riccardo Riccardi, 1960) v. 260, 636.

15 En la colección de cuentos *Canterbury Tales* de Geoffrey Chaucer; en la poesía "Oh regina degli angioli, oh Maria" de Giovanni Boccaccio; en la elegía IX de Luis de Camões, etc.

16 Véase, por ejemplo, la Virgen de Francesco Petrarca en la canción "Vergine bella...."

17 Sobre este asunto, véase Frances A. Yates, *Giordano Bruno e la tradizione ermetica* (Bari: Laterza, 1989).

18 Dante Alighieri, *La Divina Commedia* (Torino: Giovanni Battista Paravia & C., 1960) vv. 85-86, 425.

19 Sor Juan Inés de la Cruz, "Asunción 1685," Segundo Nocturno, villancico VI, Coplas, 251.

20 Sor Juan Inés de la Cruz, "Concepción 1689," Tercero Nocturno, villancico VII, Coplas, 257.

21 Sor Juan Inés de la Cruz, "Concepción 1689," Tercero Nocturno VII, Coplas, 257.

22 Sor Juan Inés de la Cruz, "Concepción 1689," Tercero Nocturno, villancico VIII, Jácara, 258.

AIH. Actas XI (1992). La humana transcendencia de la Virgen de Sor Juana Inés de la Cruz. PATRIZIA MICOZZI.